

Efraim Medina Reyes

Érase una vez el amor pero tuve que matarlo

(Música de Sex Pistols y Nirvana)



*Érase una vez el amor
pero tuve que matarlo*

Autores Españoles e Iberoamericanos

**Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el
previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.**

- © Efraim Medina Reyes, 2003**
- © Editorial Planeta Colombiana S. A., 2003**
Calle 73 No. 7-60 Bogotá

COLOMBIA: www.editorialplaneta.com.co

VENEZUELA: www.editorialplaneta.com.ve

ECUADOR: www.editorialplaneta.com.ec

**Cubierta: Mariela Agudelo P. sobre un diseño de Editorial Planeta
Fotografía de Cesare Cicardini**

Primera edición de Proyecto Editorial: abril de 2001

Primera edición de Editorial Planeta: febrero de 2003

Segunda edición de Editorial Planeta: junio de 2003

Tercera edición de Editorial Planeta: octubre de 2003

Cuarta edición de Editorial Planeta: febrero de 2004

Quinta edición de Editorial Planeta: abril de 2004

ISBN 958-42-0519-6

Impresión y encuadernación: Cargraphics S. A.

*Tú me recuerdas un poema que no logro
recordar una canción que nunca existió
y un lugar al que jamás habría ido.*

UNIVERSIDAD DEL NORTE
BIBLIOTECA

1

**DILLINGER JAMÁS TUVO
UNA OPORTUNIDAD**

INTERIOR-NOCHE

Música de Sex Pistols

Me llaman Rep —diminutivo de reptil— desde que recuerdo. Mido seis pies y peso ochenta y un kilos (como los *cowboys* de Marcial Lafuente Estefanía), tengo ojos negros y hundidos como agujeros de escopeta a punto de disparar, la boca sensual y una verga de 25 centímetros en los días calurosos. No soy eyaculador precoz ni suelo tener mal aliento, me gusta cortarme las uñas hasta hacerlas sangrar, tengo huellas de acné en la cara y el culo, unos dientes fuertes y el olor natural de mi piel es fascinante. Para la eficaz e inolvidable sacudida que toda mujer sueña, soy el tipo indicado. También me destaco bebiendo. No sé bailar ni cantar, pero si los que saben hacer esas cosas pudieran hacerlo como yo, estarían en la cima. Mis amigos piensan que soy *la verga herida*, mis enemigos que soy un fante. A y B son opiniones acertadas, aunque ya sabrán cuál prefiero. Soy heterosexual y mi inteligencia es feroz. He recibido heridas de bala, cuchillo y objetos no identificados. Jamás he matado a nadie pero he dejado a muchos al borde de la muerte física o espiritual. No es bueno meterse conmigo. Mi corazón es dentado

como esquirilas de explosión. No me gusta la gente quejumbrosa ni las madres que golpean a sus hijos. Existe una bella mujer llamada Nilda que me encanta.

Este es un cuarto pequeño pintado de negro. En las paredes hay afiches de Teo Monk, Sócrates y Morrison. Hay fotografías de Ma-pi, Adriana Cadavid y Uma Thurman. Las persianas están cubiertas de una delgada capa de polvo donde a veces escribo nombres y teléfonos porque me divierte ver cómo el polvo los borra. Si sobreviven tres días es mala señal y entonces los borro yo mismo. Siempre hay mujeres rondando por aquí y si tengo ganas o algún especial interés les pongo el aceite a punto. Algunos dicen que soy cruel, sin embargo, jamás mato una cucaracha si no es necesario. Tengo una grabadora, libros, abanico, cama, máquina de escribir y un cenicero para las visitas.

El tipo que canta se llama Sid Vicious, un demente de la peor calaña. La mujer que amó se llamaba Nancy Spungen: juntos trataron de hacer lo mejor posible, romper los duros bordes de la realidad y para eso tiraron con saña, se taparon la crisma con todo tipo de drogas, vomitaron su rabia en hoteles malolientes. Hicieron valer —en todo el sentido— su libertad en un mundo de muñones caminantes. Quisieron robar un pequeño espacio de vida en el reino de la muerte. Vivieron como ángeles infernales y cayeron como perros callejeros. Nancy sostuvo una dulce sonrisa mientras Sid hundía el cuchillo en su pecho catorce veces. Gary Oldman interpretó a Sid en un film de Alex Cox pero Oldman no estuvo a la al-

tura, era un caguetas, ¿alguna vez has sido un caguetas? Yo sí, justo cuando estuve enamorado de cierta chica pero ella no era como Nancy, ella era blanda como un flan y terminó casándose con otro flan y tuvieron flancitos. Ella quería ser actriz pero con su blanda personalidad no habría podido interpretar ni una voz en *off*. Sentados en la playa mirábamos la luna y yo le inventaba con palabras un reino de duendes alucinados y castillos medievales, gastaba el poder de mi mente en ella, una mujercita que usaba la cabeza para separar las orejas, adentro sólo había piojos de ratón enfermo. Sid era el alma de los Sex Pistols pero cuando lo enterraron vino otro hijo de perra y la fiesta siguió tal cual. En realidad se trataba de unos escolares tratando de ser malos pero se les olvidó que los malos no cantan ni bailan. La gente que tiene pelos en el corazón y piensa mucho antes de dormirse jamás consigue ser mala. Sid habría podido serlo pero meneaba el trasero con verdadera gracia y eso es un imperdonable deslíz.

No digo que soy malo pero digo *ten cuidado*. Soy de una raza indómita, que se mueve rápido, esa clase de seres que deja a su paso un rastro de ansia. Ya no digo mentiras porque perdí la imaginación pero no hay nada que sea confiable en mis verdades. Abro los ojos y miro el cielo raso. Eso me da ganas de pensar. Pienso echado muchas horas. No siempre fue así. Como Sid y Nancy, yo también traté de llegar a tiempo para la cena pero las vallas publicitarias y las señales de tránsito fueron pudriéndome la sangre. Mamá venía cada noche a revisar mi sueño: primero me quitaba el libro de las manos, luego me arropa-

ba bien, me bendecía dos veces, apagaba la luz y se iba sin hacer el menor ruido. Como Sid y Nancy, yo también adiviné formas en las nubes y no siempre fueron agradables. Como ellos, me aburrí viendo desfilar hediondos profesores y bandas de guerra mientras al fondo soltaban feroces escupitajos y pedos entrecortados. Entonces salté por la ventana y pisé el acelerador a fondo, entré en contacto con el pasto y las libélulas, y luego ya no hubo pasto sino un tictac prometedor, un brusco amago de música y otros que como yo buscaban la comba al palo.

EXTERIOR-DÍA

¿Sabes qué pasa en los hospitales a medianoche, qué clase de gente recorre sus pasillos, cuántos dulces de menta se consumen allí por hora?

Estoy agachado frente a la universidad en compañía de Toba. Él está de pie, recostado contra una puerta. Ambos estamos bebiendo desde la tarde anterior y ahora esperamos a que salga Ortega para pedirle dinero y tomarnos unas cervezas donde Miss Blanché. Ortega es profesor en ese antro y a veces escribe poemas. Su nombre es Augusto pero todos le dicen Ortega y él lo prefiere así. Los estudiantes que entran y salen nos miran con sorna y las chicas con asco y curiosidad. Imagino que debemos tener un aspecto repugnante pero lo esencial nos sigue pesando. A Toba un poco más por cierto. La mirada de esos estudiantes espanta, hay más lucidez en un pabellón psiquiátrico, en la misma morgue. Algunas chicas tienen buen aspecto.

—¿Qué es buen aspecto, Rep?

—Tetas grandes y nalgas prominentes.

—No me gustan las tetas grandes.

—A mí sí.

Uno de los mutantes se acerca: es el pequeño Nico. No sólo es estúpido sino que además piensa que tiene cosas

en común con nosotros. Su sentido del humor es tan eficaz como el pataleo de una tortuga en agua hirviendo. Se rasca la cabeza. No es mala persona, no tiene la culpa de ser escaso, un pedazo de basura genética vacía y sonriente. Durante un rato trata de flotar a nuestro lado para chupar imagen pero Toba se tapa uno de los hoyos de la nariz y resopla por el otro dejando salir todo tipo de objetos e inmundicias. Nico observa la pila multicolor en el suelo, entre sus pies, y pone tierra de por medio.

Ortega nos da el dinero. Es amable y evasivo. Toba trata de abrazarlo pero no lo dejo. Ortega da explicaciones, le digo que entiendo, que se vaya. Nos metemos donde Miss Blanché. El lugar está repleto de mutantes que toman coca-cola o café mientras discuten leyes y teoremas con aires de grandeza. Miss Blanché nos ofrece su mejor sonrisa. Ella prefiere —obvio— a los que toman cerveza.

La cerveza está helada. El alma me vuelve al cuerpo.

—Para ser poeta le faltan cojones.

—Ortega es profesor, Toba.

—Para ser profesor le sobran.

—¿Y qué hay de ti?

—No sé —dice Toba con la mirada clavada en Miss Blanché. Ella tiene casi cincuenta y amplias caderas—. Soy un pescador pero el agua está oscura.

—Como el forro de Betty.

—No te metas con ella, Rep.

—Pero si es sólo una pila de caca asoleada.

—Vamos afuera, hijoputa.

El sol saca chispas del asfalto, los mutantes van y vienen, las cervezas se calientan en nuestras manos al instan-

te. Toba tiene lágrimas y moco. Alguien nos azuza desde una ventana: estamos frente a frente pero las ganas de pelear se han ido. Le digo que entremos y me sigue como un perro. Voy al baño y cuando regreso está roncando. Sigo tomando solo. Miss Blanché nos observa, parece preocupada. Toba resbala de la silla y queda medio tendido en el piso. Los mutantes ríen, me gustaría tener un arma y matarlos a todos. ¿Y si la razón fuera de ellos, si los mutantes fuéramos Toba y yo? Sería una lástima que ganaran. Ahora parecemos escoria pero hemos tenido una noche vibrante. Le pago a Miss Blanché y me despido. Me pregunta por Toba. Le digo que llame a la policía para que lo saquen.

—¿Acaso no es su amigo?

—Sí, lo es.

INTERIOR-NOCHE

Música de Sex Pistols

Nancy amaba a Sid pero le gustaba leer filosofía y escuchar música de Wagner. Sid amaba a Nancy y no le gustaba nada más. Si cantaba con el grupo era por amor a Nancy. Sid odiaba la filosofía y la música de Wagner y odiaba cualquier cosa que le gustara a Nancy. Por suerte a Nancy no le gustaba el grupo, así que no tenía que odiarlo. Cuando Nancy estaba feliz con algo, Sid trataba de arruinar esa felicidad, de matar ese *algo*. Nancy era feliz con Sid y Sid se dañaba a sí mismo, no quería que ella fuese feliz en absoluto, la gente feliz no le era confiable y él quería confiar en Nancy. Sid golpeaba las paredes con la cabeza hasta sacarse sangre y Nancy lloraba y eso satisfacía a Sid. Nancy restañaba las heridas de Sid con honda tristeza y él la cubría de besos, chupaba su sangre mojada por las lágrimas de Nancy. Así estaban bien las cosas para Sid, pero Nancy estaba agotada y solía escaparse por allí para drogarse sola. La gente decía cosas malas de Nancy. Sid era el ídolo y lo querían aislado, expuesto: lo querían jodido por y para ellos. La prensa esculcaba sus intimidades, los llamaban monstruos sin corazón, muñecos tragamonedas.

Los conciertos se sucedían uno tras otro, el público pedía acción. Sid se agitaba furioso y la gente gritaba. Pero Sid no estaba furioso, sólo fingía estarlo. Sid tenía angustia, quería estar con Nancy, la había perdido de vista y se la imaginaba sacándole chispas a cualquier malato en una trastienda. Sid envenenaba sus canciones, su corazón estaba al rojo vivo. Abajo, frente a él, se movía aquella sustancia viscosa, delirante. En otro lado, protegidos por matones, los dueños del mundo contaban billetes y quizás uno de ellos se estaría atorando a Nancy, uno bien feo, uno pequeño y gordo como un sapo prehistórico. Nancy estaba triste y eso la inclinaba hacia la mugre. Estaría gimiendo bajo ciento cincuenta kilos de sebo cualquiera, sin control de calidad ni fecha de vencimiento, sebo sin alma. Sid no quería cantar más, sus ojos estaban inyectados de sangre y tenía espuma en la comisura de los labios. La multitud coreaba sus maldiciones, lo adoraba como a un dios pero aquel dios, encandilado por los celos, estaba sudando sangre. Aquel dios quería la cabeza de Nancy y sus amantes en una bandeja de plata.

Sid y Nancy pasaban juntos la mayor parte del tiempo. Sid golpeaba a Nancy porque Nancy no sabía cocinar. Nancy insultaba a Sid porque lo encontraba atorándose niñas. A veces alquilaban una mugrosa habitación y duraban días encerrados sin darse un beso. El encargado del motel se preguntaba qué clase de cosa tragaban los *Smiths* para resistir tanto. Las ganas de abrazar a Nancy enloquecían a Sid pero no daba su brazo a torcer, sabía que ella estaba sufriendo, veía formarse aquel rictus de dolor en su cara, eso era más placentero para Sid que el deseo, eran

gotas de ácido en los nervios, el sabor de la muerte. Nancy no se atrevía a romper la invisible pared, permanecía muy quieta sin quitar los ojos de Sid, luchando contra el sueño. Sabía que Sid estaba loco y no podía darle chance, detrás de aquellos ojos serenos daban una fiesta los demonios y ella no quería ser la torta. Cuando llegaba al límite de su resistencia, Sid se deslizaba como un *marine* en maniobras de combate y caía sobre ella con toda su ansia. Nancy se defendía y él soltaba una carcajada salvaje.

Sid inyectaba a Nancy, la bañaba y le limpiaba el culo. Usaban la misma aguja, el mismo cepillo de dientes, el mismo perfume. Sid detestaba sentirse vulnerable y Nancy le causaba esa sensación. Nancy jamás pensaba en su amor por Sid, no oponía resistencia, se dejaba anegar por aquel brusco sentimiento, se sentía a gusto en aquella sustancia. Sid pensaba en matar a Nancy, imaginaba mil formas distintas, para él no había otra salida. Nancy trataba a Sid como si fuese un escolar asustado. Bob, el baterista, se burlaba de Sid cuando lo encontraba en el regazo de Nancy. Bob estaba enamorado de Nancy, todos lo sabían. Nancy sabía que Sid iba a matarla tarde o temprano pero optaba por pensar en otras cosas. A Nancy no la seducía pensar en el amor, para ella el amor como idea era una pesadilla, un presente loco e impenetrable. Nancy despreciaba a la gente que hacía un axioma del amor, odiaba las canciones de amoríos y decepciones, prefería quemar sus neuronas en las encrucijadas de Spinoza y Kant. Sid sólo pensaba en Nancy, cuando estaba drogado tenía alucinaciones con ella. La idea de perder a Nancy ablandaba su cerebro, imaginarse sin ella le abría un hueco más grande

que él. Sid componía canciones de amor y muerte para Nancy pero ella no las tomaba en cuenta. Nancy estaba leyendo en un rincón mientras Sid y Bob se golpeaban. Nancy no había hecho el amor con Bob como sospechaba Sid pero tampoco lo daba por descontado. Bob era un buen baterista y quería mucho a Sid, por eso se dejaba ganar.

Nancy podía quedarse el día entero leyendo. Sid iba de un lado a otro de la casa derribando lo que encontraba a su paso. No podía entender qué se traía Nancy con aquellos libros, él quería comprarle un caballo pero Nancy no se interesaba en los caballos. Sid se preguntaba qué clase de chica era Nancy pero no tenía respuesta.

—¿Para qué rayos lees eso, gatita?

—Me gusta.

Sid tomó el libro y leyó dos líneas.

—¿Y entiendes lo que dice?

—No.

—¿Entonces?

—Me gusta.

Cada cierto tiempo Sid echaba los libros de Nancy al fuego, entonces ella perdía el apetito, se drogaba a cualquier hora, no contestaba sus preguntas. Sid veía cómo iba apagándose como un lento atardecer de otoño. No era una sorpresa para Nancy verlo llegar con una caja de papel rosa en cuyo interior había ediciones de lujo de los libros quemados y nuevos títulos y autores que ella no conocía. Las revistas femeninas escribían sobre Nancy: para algunos era una idiota, otros la consideraban genial. Sid sospechaba que Nancy podía entender aquellos libros y

que se burlaba de él cuando los leía. Sid no podía responder bien a los periodistas, Nancy en cambio los manejaba a su antojo. Un periodista le preguntó a Sid si era cierto que su madre había tenido problemas con la bebida. Sid sacó una navaja y trató de apuñalarlo. Nancy intervino y llevó las cosas de tal modo que el periodista terminó escribiendo un favorable artículo sobre la infancia de Sid.

Sid jamás tuvo una oportunidad. Sid apuntaba borracho al ojo de un cuervo en pleno vuelo y atinaba. Deseó amar a una mujer y encontró a Nancy, la mejor chica que había sobre el planeta. No podía ser más afortunado y ya sabes lo que hace la Señora Fortuna con los tipos sensibles. El pobre Sid tenía corazón de tigre pero alma de poeta. Dillinger salió de aquel bar en compañía de la chica del vestido rojo —esa era la señal convenida— y fue acribillado por una horda de federales que necesitaron algún tiempo para creer que habían acabado al verdadero Dillinger. Sid fue acribillado por la fama, su nombre estaba en las portadas y cajas de cereales, en la calle vendían un muñeco a su imagen y semejanza. Miles de vulvas lo buscaban para atorarlo, miles de lenguas querían lamerle el trasero. Entonces llegó Nancy con su refrescante sabor a ira y desarraigo, con el zumbido azul de la mosca reina, la mosca que caga sobre los ojos del cadáver. Nancy era demasiado *blues* para Sid. Dillinger estaba sobre el asfalto lleno de agujeros y con la sonrisa partida, la chica del vestido rojo chillaba abrazada a un federal: Dillinger jamás tuvo una oportunidad.

SECUENCIA MÚLTIPLE-VERANO

No sé cómo pero estoy seguro de haberla amado

El baño es amplio, está iluminado como un escenario. Hay todo tipo de cremas, hay revistas y libros en cuatro idiomas, hay cigarrillos y mentas, hay una botella de brandy, hojas en blanco y lápices despuntados, un espejo cubre la puerta, el botiquín está mejor equipado que una farmacia. Hay una báscula: ochenta y un kilos, ni un gramo más. Si se lo hago a esta mujer y está infectada pronto empezaré a perder peso, si está sana y no se lo hago voy a dañar una auténtica fiesta. Hablar con ella no tiene objeto: si está enferma y lo sabe sus intenciones son obvias. ¿Y si el enfermo soy yo? Ella no parece considerarlo y eso da qué pensar. Lo malo es que si me infecto luego infectaré a cierta chica que me ama y ostenta una fidelidad a toda prueba, en cierta forma su vida depende de una decisión mía y si cometo un error su fidelidad no va a servirle de mucho. No conozco a esta mujer. Tanya, Londres, 1968, profesora de idiomas. Eso no me ayuda y todos saben que ninguna protección está garantizada al ciento por ciento. Ella viene aquí, compra un bonito apartamento, entra a un bar, se encuentra conmigo, hablamos, nos besamos y me trae

aquí. Dice que me sienta como en casa. Es bella e irreal. Le digo que quiero tomar una ducha y aquí estoy, en el baño perfecto, un baño que da ganas de todo menos de lo que debe hacerse en un baño. Salgo y voy hasta la alcobá. La cama es enorme. Hay una botella de vino en la mesa de noche. Tanya está envuelta en una toalla, me dice que va a darse una ducha, que no demora.

Camino las solitarias calles con los bolsillos repletos de mentas, en una mano llevo la botella de vino y en la otra una revista *Playboy* con la que pienso hacerme una paja. Tanya ya debe haber descubierto mi escapada. Si le contara a cierta chica lo que acabo de hacer no iba a creerme así que jamás le contaré. Por momentos me dan deseos de volver con Tanya pero cada vez estoy más lejos de ella. Regalo mentas a la gente que me pide dinero. Cruzo la avenida y cojo la orilla del mar. Hay mucha gente rayando la tripa en la oscuridad, mucho turista pobre y putas en promoción. Llego a casa y regalo la botella de vino a mamá, ella me agradece medio dormida. Entro al baño con la revista.

Al día siguiente vuelvo al bar y encuentro a Tanya en compañía de un tipo, la saludo pero se muestra indiferente. Me voy a una mesa. Ciro y Jota llegan, hacemos una *vaca* y compramos media de ron. Les cuento sobre Tanya y no me creen. Tanya se va con el tipo y me dan celos.

—Soy un idiota —digo.

—Un poquito más que eso —dice Jota.

Ciro va hasta la barra y le mete conversación a una rubia. Jota suelta un chorro sobre construcción de barcos y

literatura medieval. Ciro vuelve con las manos vacías. Confiesa que mi historia lo ha hecho dudar. No le creemos. Ciro y yo salimos a dar una vuelta. Jota se queda anclado en la mesa, parece borracho. Compramos una botella en el muelle, Ciro la esconde y volvemos al bar. Jota está con Toba, han secado la media y toman cerveza. Desocupamos un envase de cerveza y vamos echando allí el ron de la botella oculta. Toba dice que él se la hubiera metido a Tanya sin pensarlo. Jota dice que tirar es bueno pero hablar de ello le aburre.

—Ahora mismo pueden tener cogida a tu mujer —dice Toba.

—Es posible —dice Jota.

Todos reímos y enseguida nos ponemos serios. Pienso en cierta chica y la imagino durmiendo en compañía de su madre. Ambas tienen senos lindos pero los de su madre me gustan más. Trato de imaginarla con un tipo cualquiera y no puedo, confiar tanto en ella me asusta. Toba dice que todas las mujeres son putas. Jota dice que el mundo no acaba en casa de Toba.

Con el tiempo Tanya y yo nos hacemos amigos: suelo ir a su casa para ducharme. Un día se la presento a cierta chica y traban amistad. Tanya le cuenta la historia y ella viene y me reclama. Le explico y no me cree ni le cree a Tanya y deja de hablarle. Me hace prometer que no veré más a Tanya. Tanya y yo nos hacemos amantes.

Tanya organiza una fiesta y me pide que traiga gente. Al comienzo todo es frío. Hay varias amigas inglesas de Tanya. Toba se pone a bailar. La temperatura sube. Qui-

siera llamar a cierta chica para que venga pero me sacaría los ojos. Las parejas se van definiendo. Toba pide silencio:

—Aquí no hay riesgo —dice Toba—. Todos estamos infectados.

Hay risas y silbidos. El olor a marihuana es intenso. En la pared hay un letrero que dice: LA FIESTA EMPIEZA CUANDO LA ROPA SOBRA. Toba está sin camisa.

EXTERIOR-MEDIODÍA

Los asnos gustan más de la paja que del oro

Estoy jugando como volante mixto. ¿Conoces algo más rata que un tipo que narra o comenta fútbol? Yo tampoco. Vamos perdiendo dos a cero. He botado tres goles y el entrenador está a punto de sacarme. Me emputó como no tienes idea que el presidente, en su discurso televisado, no mencionara los estragos de la eyaculación precoz en el fracaso deportivo. Que no hablara sobre las discusiones íntimas de los conductores de autobús y sus mujeres a 90 km/h, con sobrecupo. Al menos debió referirse a lo complicado que es para mí jugar con cierta chica entre el público. Es sólo un partido de playa pero es toda la gloria que tendré como futbolista, quizá como ser humano. No digo que sea excelente pero suelo hacerlo mejor cuando ella no viene. Todo el universo ignora lo que significaría para mí hacer un gol pero eso no será posible, eso no cabe en la mente de Dios, no mientras ella con el fulgor de sus ojos me ciegue. En la temporada llevo nueve goles pero ella no ha visto ninguno y no es lo mismo contarle. Deseo tanto hacerlo delante de ella pero no llega.

¿Conoces a alguien más rata que yo jugando fútbol de playa frente a cierta chica? Yo tampoco.

Si el presidente hubiera hablado del amor, del sexo y el amor, del amor sexual, algo habría ido mejor, no sé qué pero lo sé. Todo el espacio es para la quejumbre, la muerte y el fraude, la vida no es noticia, a nadie le interesa y para mí hacer un gol hoy es la vida misma. Julio trata de ayudarme, me ha puesto un par de pases magistrales y le he dado con todo pero el jodido arquero no piensa en el amor o quizá sí, a lo mejor su novia está entre el público y un gol-vida mío sea un gol-muerte para él. He aquí el balón, lo piso, driblo un defensa, me adentro en el área rival, se lo paso a Miguel, corro hacia el punto penal. Miguel se abre y lanza el centro, veo el balón viniendo hacia mí, salto en dos tiempos, siento el contacto en la frente y golpeo con el alma, veo el balón dirigirse hacia el ángulo más difícil, lo empiezo a cantar cuando se revienta contra el palo y regresa a la cancha, trato de ir por el rebote pero soy empujado por detrás. El árbitro pita y voy a toda por el balón para cobrar el penalti pero el malparido me encara y dice que fue falta mía. Le reclamo y se ríe. Lo insulto y me saca la roja.

El fútbol es el deporte más estúpido del mundo, sobre todo cuando además de botar goles y hacerte expulsar terminas discutiendo con cierta chica porque de repente su vestido de baño te parece pequeño y vulgar (vestido que tú mismo le sugeriste y que se ha puesto media docena de veces sin que hicieras ningún comentario). Cierta chica se aleja por la playa, la radio informa que Molina

acaba de pegarse un tiro en su casa de Malibú. Me siento como él pero sin cadáver no hay noticia.

La muerte de Molina nos reconcilia. Ella ha visto casi todas sus películas. Molina tenía treinta y cuatro años y mañana la prensa dirá que las drogas y el desenfreno fueron sus asesinos. A mí no me parece tan simple, creo que el presidente debió ser más personal en su discurso, creo que tiene su tajada en la muerte de Molina. El sol calienta, la gente habla, ríe, come frutas y toma coca-cola. Las parejas se abrazan con el agua hasta la cintura. Una vez tratamos de hacerlo en el agua y no es nada fácil, en la arena el problema es la arena. Ella y yo lo hemos hecho en los lugares más insospechados: una vez lo hicimos en el lavaplatos mientras su madre y su hermana veían la televisión del otro lado. Ella y yo lo hacemos bastante bien. Eso suelo pensar. Eso me dice ella.

INTERIOR-NOCHE

Los asnos se la saben toda

Toba conoció a Betty en Bogotá. Entonces usaba el cabello largo y sólo escuchaba a Bob Marley, tenía una chaqueta de cazador de alces y unas altas botas de alpinista, estaba tan flaco como siempre pero su aspecto era duro y Betty Black se volvió loca por él. Ella estudiaba antropología y música, llevaba media vida en Bogotá y conocía un montón de gente del medio artístico. Era una negra alta y sensual, un poco afectada y medio candelaria pero sabía ser suave. Toba llevaba dos años en Bogotá, vivía en una pequeña habitación en Chapinero y la montaba de pintor marginal y rastafari. Trabajaba como D.J. en un bar de la Zona Rosa y los domingos vendía acuarelas en el Mercado de las Pulgas. A las pocas semanas de conocerse Betty se mudó a vivir con Toba. Para Toba era su primera convivencia. Ella tenía un repertorio variado.

Entonces, un fin de semana, Toba llegó a Ciudad Inmóvil. Aquí se le conocía como Juancho, un muchacho callado, con algunas ideas de izquierda y cierta inclinación por la plástica. Dos años antes había recibido su título.

lo de economista y ante la falta de empleo decidió probar suerte en Bogotá. Su nueva apariencia me gustó aunque supuse que las botas no resultaban cómodas bajo los cuarenta y pico grados a la sombra de Ciudad Inmóvil. Sin embargo noté que las mujeres lo miraban con interés y me sentí raro, Toba nunca había tenido éxito con las chicas, era invisible para ellas, por lo visto su pinta rastafariana estaba dando resultado. Pensé en conseguirme unas botas. Me dijo que allá le decían Toba y me habló de Betty.

La madre de Toba casi muere al verlo, pensó que habían usado a su hijo para un terrible experimento. Hubo cruentas discusiones. Toba aceptó guardar las botas y rasurarse pero en cuanto a cortarse el pelo no cedió un ápice. Otras cosas asustaron a su madre: tenía novia negra, se había vuelto bebedor, fumaba y escuchaba esa horrenda música. Lo que más nos agradó, a Ciro y a mí, del nuevo Toba era que había perdido todo interés político, Bob Marley era su profeta, un profeta marihuanero y gozón. Todo iba bien para Toba hasta que una noche, mientras dormía, su madre le cortó el cabello. Bajo aquella mata de pelo supuso que encontraría a Juancho pero no fue así, Toba sobrevivió a la rapada, sólo que un Toba triste y desplumado. Al día siguiente regresó a Bogotá.

Betty está en el aeropuerto y no reconoce a Toba. Él dice que es él. Ella ve a un judío acabado de salir de un campo de concentración. Toba le cuenta la historia y ella lo manda al infierno. Toba busca ayuda con los amigos pero no quieren verlo ni en pintura. El dueño del bar dice que ya no encaja con el ambiente y lo despide. Toba se siente

como un apestado. Busca varios días a Betty y por fin la encuentra, almorzando con un tipo, en un restaurante de la 17 con séptima. Toba arma un escándalo, el portero llama a la policía y Toba va a dar con sus huesos en la cárcel. Allí le roban la chaqueta y las botas. Toba trata de hacerse el bravo y entonces lo apuñalan en la pierna.

Un fantasma cojo llamado Toba recorre Bogotá. El fantasma se distrae toreando carros en la Caracas. Está borracho y medio desnudo. Uno de los amigos se ablanda y lo lleva a su apartamento. Toba habla incoherencias. Este buen tipo le cede un par de croydons viejos, un suéter de lana y una gorra de beisbolista. Lo deja dormir y cuando despierta le da de comer. Toba le pide dinero prestado para regresar a Ciudad Inmóvil. Esa misma noche viaja en un avión de carga. Sus padres lo reciben con indiferencia. Toba se encierra en su habitación. Lo que más cabrea a Toba es que el tipo que anda con Betty es un jodido cagatinta de metro y medio, mal vestido y, para acabar de joder, calvo.

Me dice que el amor es un fraude, que Betty es una puta sin corazón. Le pregunto si amaría a Betty aunque perdiera las tetas. Me dice que el pelo volverá a crecer. Le digo que las tijeras de su madre no pierden el filo. *¿Cómo puede Betty respetar a un tipo cuya vida la resume una madre armada de tijeras? No, Toba, no se trata de cuántos meses demora el cabello para crecer en un clima inhóspito, se trata de si Toba es capaz de defender lo que ama, de cuán lejos es capaz Toba de ir, de si Toba es el hijo de su madre o el marido de Betty.* Su madre le había cortado algo más que el pelo aquella noche y Betty

lo supo enseguida. A ella no le importaba si tenía el cabello corto, ella quería saber si él podía ser él, quienquiera que fuera él, y no perderlo cada vez que pasara un fin de semana en otra parte. *El amor no es un fraude, Toba. El amor es un límite y nos mide.* Toba mira la ventana del bar donde el amanecer empieza, ha estado moqueando ocho horas seguidas, sobre sus piernas una puta duerme. Toba agarra el cabello de la puta, la levanta, pega su boca a la de ella, la puta ronca. Toba la deja caer en sus piernas. Me dice que el amor es un fraude.

SECUENCIA MÚLTIPLE-INVIERNO

Nada que pretenda ser real merece respeto

Después se supo que Betty había dejado a Toba porque no le gustaba con cabello corto. Así de sencillo. Entretanto Toba consiguió mantener a su madre a raya y su cabello creció en buena forma. Una vez Ciro, Ray, Alonso y yo nos fuimos con Toba a Bogotá. Bogotá es una ciudad como cualquiera sólo que más grande, fría y sangrienta. Hay muchos bares y mujeres pero las mujeres en su mayoría tienen traseros de miseria, sólo son pelo y ojos. Toba se topó con Betty por casualidad, la insultó, le pegó dos buenos ganchos y se la llevó a un motel. Betty no era bonita, era una negra boca de saco y con un trasero blandengue. Se daba mucha importancia pero tenía los talones llenos de rajaduras. Toba no estaba seguro de amarla, era violento y jugaba sucio con ella. Nosotros vivíamos en una habitación doble de Chapinero y Toba, en el apartamento de Betty. A Toba le iba otra vez bien con las mujeres, se veía apropiado en Bogotá, encajaba donde fuera. Betty le había comprado una chaqueta de cuero y unas botas de *cowboy*. Ciro y yo pasábamos echados la mayor parte del tiempo. Un día se nos presentó Ray con la mala noticia de un tra-

bajo. Cuando quisimos pensarlo, ya nos tenía en un andamio a cuarenta metros de altura, pintando el aviso de un motel.

La filosofía escruta la existencia pero no nos ayuda a existir. La religión nos enseña a despreciarnos. El arte es una buena coartada pero lejos de casa se vuelve innecesario. No había nada mejor que echarse a mirar el cielo raso. Ray nos sacó del nirvana, nos sacó la leche con aquel interminable aviso y para completar su hazaña nos invitó a un par de cervezas. Cuando le exigimos nuestra paga dijo que todavía no estaba el cheque y así pasaron los días y los años y el jodido cheque nunca apareció. La moraleja es: *Pintar sobre andamios no es buena idea*. A veces es mejor no pensar, no ir más allá. Betty es plana como los traseros que recorren esta ciudad, no tiene una maldita idea de lo que es un matamoscas, no sabe quiénes son Sid y Nancy, no lo sabe. Pero inspiró aquella conversación que tuvimos Toba y yo en un bar de Ciudad Inmóvil. Yo necesito un tipo que me hable como yo les hablo a mis amigos, que me haga reaccionar. Cierta chica sigue doliéndome, no encuentro lo que busco y lo que busco ya no puede ser ella, ella me mandó a ver si la puerca puso y cuando le dije que sí, me mandó a peinar tortugas. Estuve intentando un tiempo pero ya sabes que cuando el amor se apaga es más frío que la muerte. Lo malo es que los dos extremos no se apagan al tiempo y cuando eres el extremo que sigue activo más te valdría estar muerto.

Toba ha peleado con Betty y está deprimido. Betty está en el hospital recuperándose. Toba ha venido a ocultarse

aquí. Un hermano de Betty busca a Toba y no es para deseársle felices pascuas. Toba dice que la ama y parece cierto: Toba no come, no orina, no quiere hablar con nadie. Ciro y yo administramos el dinero de Toba. Una madrugada suena el timbre, Alonso abre la puerta y un gigante negro lo encuella y le pregunta por Toba. Alonso le dice que se ha largado, que está con su familia en Ciudad Inmóvil. El tipo suelta a Alonso y golpea con el puño cerrado el marco de la puerta. El estallido nos deja sordos, la casa tiembla. Cuando el tipo se va Toba sale del clóset y bravea un poco, dice que la próxima vez va a enfrentarlo. Ciro se asoma y dice que el gigante está de vuelta. Toba vuelve como un rayo al clóset. Ciro ríe con ganas.

INTERIOR-NOCHE

¿Qué culpa tiene el hacha de tus alaridos?

A cierta chica le gustaba el campo, le gustaban las vaquitas, le gustaba la hierba mojada. A mí eso me enferma. Ella iba al campo con su familia, casi nunca los acompañaba. Su familia no me quería bien pero entonces lo ignoraba, lo supe después, cuando todo se jodió y ya daba igual una cosa u otra. Yo los quería mucho, sobre todo a su madre, era linda, con un hermoso cabello blanco y senos redonditos que deseaba chupar. Su hermana era linda a veces y estúpida siempre. Era una familia tipo: una madre abandonada, dos hermanos soñando con hacer dinero, una hermana que quería un trasero más grande y se pasaba horas en el gimnasio, un padre bebedor, arrogante y mujeriego que sólo aparecía de vez en cuando. A pesar de eso ellos lo amaban y él sabía sacarle partido a ese amor. Era gente que trataba de salir adelante y aunque yo no quería salir hacia ningún lado sino quedarme en sus ojos, en los serenos ojos de cierta chica, los quería, después de todo eran parte de ella.

Tenía dos perritas: *Zeppelin* y *Floyd*. En el fondo del patio la ayudaba a bañarlas y sacarles bichos. Soy excelente

para dos cosas: sacar bichos y perder lo que amo. Su madre nos veía y parecía pensar que si hacíamos eso juntos nada iba a separarnos. Sin embargo fue eso lo que nos separó: un bicho, uno oscuro, tamaño familiar, fofo, llorón, chupamoco. Las perritas eran lindas: *Floyd*, más bien nerviosa y escurridiza, *Zeppelin* melosa y brava, una noche la vi cazar una rata enorme.

Una vez fuimos al mar, no a la zona turística sino a un pueblo de pescadores. Ella nada bien. Yo, como en todas las cosas, me las arreglo. No es que sepa hacer algo pero tengo mi propia forma de *no saber hacerlo*, un estilo inconfundible que convierte en arte la torpeza: eso es suficiente a menos que te topes con un experto. Por fortuna para mí el mundo está repleto de gente insatisfecha y nimia, gente que sólo puede señalar lo que está mal en algo que se ve mal, así que es poco probable que vaya a toparme con un experto. Por si no lo sabes, un experto es esa clase de gente que puede descubrir lo que está mal en algo que se ve muy bien y que goza descubriéndolo. Esa vez me divertí como nunca: tumbados en la arena. Retozando en el agua. Jugando con una pelota. Tratando de hacerlo tras unos matorrales. Sentado en una roca mirándola jugar con las olas. No sé cómo ignoré entonces que ella era la mejor cosa que nunca tendría.

Su piel es blanca pero el sol la oscurece un poco y se ve preciosa. Cuando se está así todo es apropiado, el mundo gira sobre tu mano y aunque no es nada, brilla. Ella tiembla cuando la rozas, te entrega todo, aun lo que guardaba para el mal tiempo. Una dulce y sensible criatura de Dios.

Eres su héroe y no tienes que esforzarte para ser bueno y confiado. Los pescadores miran a tu chica y aunque te molesta un poco puedes entenderlos: ella es un regalo para los ojos y tú eres el dueño, puedes besarla y hacerle el amor cuando se te antoje, eres el primer y único hombre de su vida, el jardinero que cortó esa flor, la cortaste con ternura, no hubo dolor, fue lento y placentero como chupar una pastilla de menta. Los pescadores la miran como si fuera una estrella, ellos no pueden cortar flores tan suaves, ellos comen hierba como los burros. Si tuvieran flores así las destrozarían porque la ansiedad los quema, en cambio tú no tienes prisa. ¿Para qué? Ella es tuya para siempre.

Y un día todo acaba, ella dice *jamás* y es en serio. Te enloqueces tratando de abrir la puerta que abriste mil veces. Eres para ella menos que un mojón en la carretera. Un domingo la encuentras en ese pueblo de pescadores con un bicho que la apercolla. El bicho es gordo, exento de gracia y humor, es apenas una babosa flotante. Ella lo mira y no hay amor en sus ojos, al bicho eso no le importa, está acostumbrado a comer sobras. Es quien la tiene ahora y de nada te sirve ser mejor. Si no la tienes a ella quién va a creer que eres mejor, y como dijiste: los expertos no abundan. Y allí vas, entre los pescadores, observando a la bella chica y el feo bicho. Los pescadores parecen encantados, el bicho tiene mucho en común con ellos, los hace pensar que ellos pueden cortar flores así, que no están condenados a la hierba como les hiciste creer. La hostilidad te ronda y optas por salir con el rabo entre las piernas, tú que podrías partir a ese bicho en tres pedazos iguales y enviár-

selo a su madre en papel celofán. Pero nada va a traerla contigo y ya jodiste bastante.

Pensabas que con el tiempo iba a cansarse, que él no podía llenar los espacios abiertos por ti, que no tenía talento para darle risa y dolor. Durante un tiempo anduviste seduciendo tipas para enseñarle lo que valías pero no hubo respuesta. *A ella le gustan el cine, el teatro, la lectura, ella sueña con ser actriz y ese subnormal no tiene idea de eso.* Pasan los días y el bicho no se desprende. Una tarde encuentras a su mejor amiga en un anticuario y te cuenta que cierta chica y su bicho son felices y van a casarse, que el *subnormal* ha aprendido mucho de cine y ya está escribiendo sus primeros poemas, que juntos han logrado sacarles todos los bichos a las perritas, que él lo hace con destreza, sin arrancarles el pelo, y tanto *Floyd* como *Zeppelin* lo adoran. *¿Piensas que esa vejiga de cerdo es mejor que yo?* Ella dice que soy cien mil veces mejor en cualquier sentido pero que él es suave y fiel. *Tal vez sea feo pero la quiere y la cuida.* Salimos del anticuario y nos detenemos en una esquina. Y yo *qué soy, ¿un ogro?* Ella se ríe. *Eres fuerte y engreído, por eso me gustas.* Así que voy a un bar y luego a un motel con su mejor amiga.

2

PRODUCCIONES FRACASO LTDA.

CIUDAD INMÓVIL. ABRIL-92

Para ver mis cicatrices y escuchar mi corazón hay que pagar la entrada, nada de esto es un acto

Marvin, el primo de Toba, había llegado de USA con media docena de levi's y una cámara de video VHS formato C de segunda. Toba me lo presentó en el parque. Marvin estaba buscando clientes para sus levi's. Le dije que a Ciro y a mí quizá nos interesaría un par pero debían ser de color negro.

—No traje negros —dijo Marvin.

—Se pueden teñir —dijo Toba.

—Pero eso es estúpido —dijo Marvin—. ¿A quién se le ocurre comprar levi's azules para teñirlos de negro?

—A ellos —dijo Toba—. Rep a veces usa otro color pero Ciro siempre va de negro. El cuarto de Rep parece una cueva: pintó las paredes, el piso y el cielo raso de negro. ¿Te imaginas? Con este calor...

—Me dijeron que tienes una cámara.

—Sí, pero es vieja —dijo Toba.

—No es tanto lo vieja... —dijo Marvin—. Algo le pasó al micrófono y da un ruido tenaz.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—Pensaba usarla para hacer matrimonios y cosas así pero toca arreglar el micrófono.

—Hagamos una película —dije.

—¿Con ese trasto?

—Puede ser una película *underground* —dije.

—Rep hizo un curso de cine —dijo Toba.

—Tú puedes ser el protagonista.

—Estás loco —dijo Marvin—. No tengo idea de eso, ni siquiera me gusta.

—A mí me parece que serías un buen actor.

Marvin arrugó la cara y miró a Toba. Toba se encogió de hombros.

—Mañana te muestro la cámara y hablamos —dijo Marvin.

Esa noche fui a visitar a Olga, sabía que Marvin y ella habían sido compañeros de colegio y aún eran buenos amigos. El marido de Olga me abrió la puerta con expresión de fastidio. Ayudé a Olga a sacar las sillas y nos sentamos en la terraza. Me dijo que Marvin la había llamado pero que todavía no lo había visto. Le expliqué lo de la cámara y la película y prometió ayudarme.

—Tengo un personaje que te cuadra perfecto —dije.

—A mí no me metas en esa joda —dijo ella.

—¿Y lo del vestuario?

—Eso es distinto —dijo ella—. ¿Cómo es la película?

—He pensado en un *western* pero el problema es conseguir los caballos.

—Hazlo con burros —dijo socarrona.

Me quedé pensativo un instante.

—Podría ser que la acción pasara toda en sitios cerrados... Un par de pistoleros se encuentran en un bar de

Montana y traban amistad: hablan, beben whisky, juegan al póquer y son desafiados por otros pistoleros a los que eliminan (todo esto ocurre dentro del bar). Hay un corte y enseguida se les ve rasurándose (dentro de una habitación de un hotel de Montana), allí deciden buscar oro juntos (podría haber una escena donde entran a la mina caminando. No se necesitan caballos en el interior de una mina). Todo va sobre ruedas entre los pistoleros hasta que una rubia (que encuentran en otro bar de Montana) causa la discordia (se acuesta con uno y luego con el otro, en la misma habitación de un hotel de Montana). Al final terminan liándose a tiros (en una calle solitaria. Se da por entendido que los caballos están al extremo de la calle, que no aparece en el plano). Podemos grabar relinchos y usarlos como fondo.

—¿Por qué en Montana?

—Es el pueblo de Red Ryder.

—¿Quién es ese?

—El mejor vaquero del mundo... ¿No lees cómics?

—ella niega con la cabeza—. Olvídalo. Oye, ¿qué tela es buena para hacer un gabán?

—Si es de pistolero podría ser un dril... A propósito, ¿cómo se llamará la película?

—*El Perra y el Buche*.

Le hace gracia. Repite una y otra vez el nombre y luego llama al marido y se lo dice. Él no le encuentra la gracia.

—Tú, seguro eres el Perra —dice el marido—. ¿Quién es el Buche?

—Ciro —dice Olga todavía riendo.

A Ciro le encantó la idea del *western* pero me dijo que realizarlo le parecía difícil. Después de una breve discu-

sión desistí del *western* y le propuse que hiciéramos la película sobre una estrella de rock del estilo Sid Vicious pero ambientada en Ciudad Inmóvil.

—Eso ya lo han hecho —dijo Ciro.

Le expliqué que mi idea era contar la historia de un chico anónimo que soñaba con ser estrella de rock. El chico ni siquiera tenía una banda, no cantaba ni tocaba instrumento alguno. Sólo andaba por su anónima ciudad vestido de negro y era una leyenda para sus amigos de barrio.

—Eso me suena familiar —dijo.

—Podríamos prestarle el Ratapeona a Franco como locación.

—¿Y cuál es el *swing* de la película?

—El chico se inscribe y gana un concurso cuyo premio es un viaje a New York con todos los gastos pagos para conocer a Kurt Cobain y ser invitado especial en un concierto de Nirvana.

—¿Crees que Kurt se metería en algo así?

—Ese no es el punto Ciro.

—Claro que es el punto —dice con fastidio—. Un mariquita del estilo Alejandro Sanz o Enrique Iglesias no tiene inconveniente en pelar el trasero para que chillen las niñas pero Kurt las tiene bien puestas, él le cortaría el cuello al ganador del concurso.

—Entonces ¿qué sugieres?

—Una escena donde el chico anónimo salga a navegar con una sierra eléctrica por un océano de brazos. Otra donde el chico anónimo le saque todos los dientes a su madre y se haga un collar. Creo que sólo convertido en asesino puede un chico de esta ciudad ser famoso.

CIUDAD INMÓVIL. ABRIL-92

Música de Pearl Jam

La fiesta era en el apartamento de Carmen. Cuando llegué había un alboroto porque Toba se había sacado la verga a petición de Carmen y ésta trataba de calcularle el tamaño con una regla. La verga de Toba colgaba como un oscuro chorizo mientras él, llevado de la traba, se mecía frente a Carmen como una palmera en la tormenta. Caí en cuenta que las vergas son la cosa más fea que hay. Toni estaba sacando fotos para el recuerdo. En ese momento llegó Sergio, el novio de Carmen, y antes que alguien pudiera evitarlo apartó a Carmen y las otras chicas que rodeaban a Toba y le pegó una patada en las huevas. Toba se encogió de dolor y rodó por el piso. Fran agarró a Sergio para evitar que volviera a golpear a Toba. Toba tardó varios minutos en reponerse y cuando lo hizo fue a sentarse en un rincón y allí pasó el resto de la fiesta. Sergio, una vez pasada la rabia, fue a disculparse con Toba y trató de sacarlo del rincón pero Toba siguió allí con la vista perdida y la expresión más estúpida que recuerde. En la primera oportunidad que tuve le pregunté a Sergio qué lo había emputado tanto.

—Creí que se la estaba chupando —dijo Sergio.

Carmen vino por Sergio y se lo llevó a bailar. Pensé en cierta chica, en su manera de ser. A ella no le gustaban las fiestas, prefería ir a un sitio tranquilo donde se pudiera conversar. Miré alrededor y vi a toda aquella gente con la que había compartido la mayor parte de mi existencia y de repente me sentí en la dimensión desconocida. Alguien vino por detrás y me tapó los ojos, eran unas manos pequeñas que olían a jabón johnson's revuelto con ajo. No pude adivinar.

—¿Aburrido?

Era Ana. Ella y yo habíamos tenido sexo la noche anterior y lo último que quería era verla.

—Un poco —dije.

—¿Quieres bailar?

—Quizá más tarde —dije.

Ella me dio un beso en la boca y fue a saludar a Carmen y el resto.

Encontré a Ciro en el parque. Estaba tumbado en la banca de siempre. Se levantó al verme. Me preguntó por la fiesta y le dije que era un asco. Le dije que tenía una nueva idea para la película.

—Se llamará *Versión de sujetos al atardecer*.

—Buen título —dijo él—. ¿Y cuál es el rollo?

—Un escritor frustrado se encuentra en un bar con un desconocido y se ponen a hablar paja. El desconocido, según su propia versión, está en la ciudad por negocios y es la primera vez que viene. El escritor le cuenta su historia y el desconocido le dice que trabaja en una importante editorial y puede ayudarlo. El escritor lo invita a una

botella de whisky y siguen hablando hasta que cierran el bar. Al despedirse el escritor quiere acompañar al desconocido hasta su hotel pero éste se niega y cuadran una cita para el día siguiente. Al día siguiente el escritor, y un pianista amigo suyo, se encuentran con el desconocido y lo invitan a comer. El desconocido dice que tiene relaciones con gente de la tele que puede ayudar al pianista. Así día tras día el escritor le presenta sus amigos (todos con talento pero sin fortuna) al desconocido y éste siempre tiene algún contacto que los hará famosos. La cosa se extiende por varios días y el escritor y sus amigos están mamados de invitar a comer y a rumbeear al desconocido, sin resultado. Nadie sabe en qué hotel se hospeda ni cuándo se irá. Él les da largas diciendo que ya ha hecho algunas vueltas por teléfono y en cualquier momento llegarán unos amigos suyos a Ciudad Inmóvil para hablar con ellos. Todo llega a su final cuando una noche, después de pagarle la rumba, el escritor sigue al desconocido y se pilla que vive en un hotelucho de la calle Medialuna. Después el escritor y sus amigos averiguan que el desconocido es en realidad un sastre del sur del país que está en Ciudad Inmóvil huyendo de un crimen.

—¿Es un asesino?

—Te dije que era un sastre. Lo que pasó fue que mató a la esposa porque ésta lo engañaba con su mejor amigo.

—¿Y cómo termina la película?

—Cuando el desconocido se confiesa con el escritor piensa que éste va a entregarlo a la policía pero para su sorpresa el escritor lo felicita por haber matado a la traidora y lo lleva a vivir a su casa. Al final el desconocido

(que a esa altura ya no lo es) seduce a la madre del escritor (que es viuda) y el escritor lo mata.

—¿Por acostarse con su madre?

—Noooo... Te dije que el desconocido era sastre y por esto el escritor le encarga arreglar sus pantalones favoritos pero cuando se los prueba...

—¡Le quedan cortos!

—Exacto. ¿Cómo adivinaste?

—Yo también mataría por eso.

A Olga le gustó la historia y aceptó colaborar con el vestuario (ella trabajaba en Benetton y podía sacar la ropa a escondidas), lo único que criticaba era que hiciéramos apología del crimen del sastre.

—Pero ella lo traicionó —dice Marvin.

—¿No sería suficiente con una paliza? —dice Olga.

—Si la deja viva ella corre a buscar al otro —dice Ciro—. ¿Te pillas?... Cualquiera se repone de una paliza.

—A mí me parece exagerado que el escritor lo felicite por el crimen —dice Marvin tratando de apoyar un poco a Olga.

—Cuando alguien te traiciona no mide los daños —dice el marido de Olga que hasta entonces parecía absorto en la tele—. Lo que más duele es haber fallado, haber puesto la confianza en la persona equivocada.

—¿Y qué resuelves con matarla? —pregunta Olga con vivo interés.

El marido no responde y Olga clava la mirada en mí.

—Cuando una mujer traiciona a un hombre lo pone en evidencia ante los otros hombres. Eso es lo peor y creo que uno tiene todo el derecho de tomar su vida.

—Estoy de acuerdo con Rep —dice Ciro—. Matarla es borrar el error, es lo único que te devuelve el respeto. Mejor ser un asesino que un idiota.

—¿Y si el hombre traiciona a la mujer?

—Es distinto, Olga —dice el marido.

—¿Por qué es distinto?

Todos miramos al marido esperando su respuesta pero él sólo sonríe con la vista fija en Olga y luego le da un beso y se mete en la cocina.

CIUDAD INMÓVIL. JUNIO-92

Hay tres reglas: 1. Siempre hay una víctima. 2. Trata de no ser tú. 3. No olvides la segunda regla

Encontré a Julia en el supermercado. Había perdido como cincuenta kilos y empezaba a verse mejor. Siempre imaginé que había algo interesante bajo esa pila de grasa y no había fallado. Las tetas se le habían reducido bastante pero el trasero, que era lo mejor que tenía Julia, seguía intacto. Julia era prima de cierta chica y, a pesar mío, el tema fue inevitable. Me contó que cierta chica y Ramón (el maldito bicho) se habían casado dos meses atrás y habían viajado a USA para trabajar con Daniel (un tío de cierta chica que tenía un negocio de música latina en alguna parte de L.A.). Daniel y yo habíamos sido grandes amigos antes de irse a USA. Primero había trabajado en Miami y después, con el dinero ahorrado, se había ido a L.A. y había montado el negocio. Al poco tiempo de estar en los L.A. se casó con una gringa y vinieron a pasar la luna de miel en Ciudad Inmóvil. Diane, la gringa, era propietaria de un anticuario. Ella y cierta chica (que dominaba el inglés y tantas otras cosas) hicieron buenas migas. Antes de regresar a USA, Daniel nos propuso ir a trabajar con él. Quería apo-

yar a Diane en lo del anticuario y necesitaba gente de confianza en su negocio. Dijo que podía ayudarnos con la visa y los tiquetes aéreos. Cierta chica le prometió que lo pensaría pero después que se fueron me dijo que no podía abandonar a su madre. De nada sirvió recordarle que era su madre quien le había insinuado el asunto a Daniel. Julia, mientras echaba cosas en el carrito, hablaba y hablaba de lo buena que era cierta chica. Sentí que me ardía el estómago pero mantuve la sonrisa y el aire indiferente. Ella describió con saña los pormenores del matrimonio y las bonitas fotografías que habían hecho de Ramón y cierta chica. Le comenté que una boda entre un enano y una princesa carecía de estilo y era más bien grotesca. Ella dijo que se veían tiernos y agregó, sacando pecho, que las parejas donde el hombre era más bajo estaban de moda y hasta se permitió compararlos con Tom Cruise y Nicole Kidman. Para cambiar el tema me referí en tono socarrón a su nueva apariencia. Le dije que toda la grasa se le había ido al trasero. Se puso roja y, a pesar del esfuerzo, no pudo evitar las lágrimas. Entonces me quitó furiosa el carrito y lo empujó lejos de mí. Fue la última vez que hablé con Julia.

Los enamorados tienden a tres cosas: 1. Decir que el sexo no es lo más importante entre ellos. 2. Hacerse promesas increíbles. 3. Elaborar todo tipo de planes hacia un brillante futuro. Cuando se hacen planes con alguien amado uno puede imaginarse cualquier cosa menos que esos mismos planes puedan realizarse con otra persona. Uno considera que cada promesa hecha es única e inmortal, que la palabra empeñada vale más que el amor. Ape-

nas decae el sexo (que tenía tan poca importancia), el resto se esfuma. Aquí aparece (como por encanto) un insignificante hombrecillo que sin alardes nos demuestra lo poco avispados que somos y lo vivo que es él. El miserable bicho (¿avispa?) no sólo me quitó a cierta chica sino que además se empacó mi *sueño americano*. Bien por él, él nunca dijo que no lo haría. En cambio cierta chica juró que nunca se convertiría en una mujercita casera, que no tendría hijos, que iba a ser una actriz y podríamos ser eternos compañeros de *vuelo* (claro que mis *vuelos* con ella no pasaron del autobús que nos llevaba de su casa al centro de Ciudad Inmóvil y otra vez a su casa). La palabra *vuelo*, según cierta chica, representaba su libertad abstracta. Y yo, a diferencia del condenado bicho-avispa, me tragué la patraña. Los avispados de este mundo saben que la única libertad abstracta es un tiquete gratis con destino a L.A.

Alonso y Fran empujaron una vez más la camioneta y ésta rodó calle abajo con mi madre al volante. Seguí el movimiento con la cámara hasta que la camioneta se detuvo. Mi madre bajó acalorada y dijo que tenía que irse a preparar el almuerzo. Traté de convencerla de hacer una última toma pero fue imposible. La acompañé a coger un taxi y regresé al parque. El equipo de trabajo estaba echado en una banca, Alonso y Fran eran los más fundidos. Les dije que faltaba la escena donde el pianista tenía sexo con la prostituta y la del escritor matando al sastre. Ciro dijo que ni Carmen ni Olga habían aceptado hacer de prostituta.

—¿Y Lina?

—Toni es el encargado de hablar con ella.

- ¿Qué tal mi mamá?
- ¿Vas a ponerla de prostituta?
- No idiota, quiero saber qué les pareció.
- Actúa mejor que todos.
- Para mí el mejor es Marvin —dije.
- Tengo que regresar la camioneta —dijo Fran.

La camioneta era del abuelo de Fran y éste la había sacado sin consultarle. La habíamos usado para grabar la escena donde la madre del escritor (interpretada por mi mamá) huía luego de discutir con el hijo por culpa del sastre. Como mi madre no sabía conducir tuvimos que empujar la camioneta y hacerla rodar calle abajo. El plan A había sido ocultar a Fran en la camioneta para que la encendiera y llevara los pedales y cambios (mi madre sólo debía llevar el volante) pero en el primer intento mi madre giró demasiado el volante y la camioneta en vez de bajar por la calle se metió en el parque y casi atropella al equipo de grabación. Se optó entonces por el plan B.

La ventaja de enviar a Toni a hablar con Lina era que ella se moría por él. La desventaja era que Toni detestaba a Lina. Cuando llegaron al apartamento de Gustavo (el pianista) y Lina dijo que aceptaba hacer de prostituta me puse a saltar como loco. Olga se encargó de vestirla y maquillarla mientras Ciro le enseñaba las tres líneas que debía repetir. Lina resultó una actriz estupenda, al menos para ese papel. Cuando terminamos de grabar busqué a Toni para agradecerle pero se había ido. Esa noche reuní al equipo y les hice jurar que jamás le preguntarían a Toni qué había hecho para convencer a Lina.

Editar la película fue más complicado que rodarla. Lo hice con dos VHS y un televisor. Cada treinta segundos de montaje me tomaba ocho horas. Lo más difícil era atinar a pegar un plano con otro. El sonido era terrible porque la avería del micrófono producía un pito y aunque trataba de esconderlo bajo una cortina musical el pito seguía incólume. Estuve un mes en eso y poco a poco logré darle cierto sentido a la trama. Cuando se la presenté al equipo estaba nervioso pero ellos parecieron captar la historia y se decidió que era presentable. Decidimos alquilar un proyector y hacer la *première* en el Ratapeona. El idiota que hacía la sección cultural del periódico (el único que había en Ciudad Inmóvil) escribió una nota sobre la película (que no había visto) y anunció la proyección. Asistió un montón de gente y hubo muchos comentarios (la mayoría venenosos) pero lo que pude captar fue que ninguno había entendido la película. No se trataba de que entendieran el sentido ulterior, eso me habría importado menos, sino la simple historia. Y tenían razón de no entenderla porque, como dijo Ciro después, la simple historia era más complicada que el sexo de las lombrices.

CIUDAD INMÓVIL. JULIO-92

Música de Alice in Chains

—¿Es *flannel*?

—Puro como el corazón de una rata.

—Está del putas —dijo Toni.

Ciro había esperado seis meses aquel pedazo de tela. Era una tela ordinaria que seis meses antes vendían en Woolworth's y K-Mart (los almacenes más cutre que había en USA) y que ahora, gracias a Kurt Cobain y toda la onda del *grunge*, era poco menos que un tesoro. *Bleach*, el primer C.D. de Nirvana, no había hecho mucha bulla pero con *Nevermind* estaban sonando hasta en la sopa. *Smells like teen spirit*, una canción brusca y delirante, había borrado a Michael Jackson del listado: ya no era blanco, era invisible. En Ciudad Inmóvil la gente prefiere comer canchales y tirarse en la hamaca a lanzar eructos. Otros salen a buscar turistas (que tirados bajo el ardiente sol caribeño parecen camarones gigantes) para venderles chucherías afrodisíacas (lo único que estimula esa basura son las amibas). Como puedes imaginar, aquí los interesados en el rock y sus tendencias se cuentan con los dedos de una mano. Su dios, en el mejor de los casos, es Joe Arroyo, un

mulato gordo, repleto de amibas y *swing* antillano. La mayoría adora a un tal Diomedes Díaz (una especie de chicharrón peludo envuelto en papel regalo). En Ciudad Inmóvil si no usas guayabera y pantalón con pinzas eres raro. A ellos no les gusta cambiar, se sienten cómodos meciendo sus hamacas frente a un mar que en esa parte se pudre. Mientras no les espantes el sueño puedes quedarte con todo.

—¿Qué vas a hacer con el *flannel*?

—Una camisa —dice Ciro—. La pienso usar con la falda escocesa.

—Tu mamá se va a morir —dice Toni.

—Ahí viene el Gnomo —dice Ciro.

El Gnomo es Alonso, le decimos así porque cuando se traba puede hablar con los gnomos. Una vez la traba le dio por competir con Bach. Quería hacer una fuga a ocho voces (porque Bach había incluido una fuga a seis voces en su famosa *Ofrenda musical* y aquello se consideraba una proeza). Así que salió a medianoche, grabadora en mano, y se tumbó al lado de un charco para grabar a los sapos. Nunca escuché la grabación pero supe que la había enviado a la CBS y todavía espera respuesta.

—Sólo faltan Marvin y Toba —dije.

—Empecemos sin ellos —dijo Alonso.

La conversación de los tres caminantes se llamaba la novela de Peter Weiss que Alonso había adaptado al teatro. Ciro, Fran y yo hacíamos los personajes centrales. Marvin era un guardia forestal y Toba, su mujer. La obra me parecía buena pero se suponía que era para presentarla en un jardín infantil (la novia de Alonso le había conseguido el

contrato) y no creía que niños de tres o cuatro años (a menos que fueran prospectos para la NASA) pudieran entender a Weiss. La novia de Alonso le había sugerido montar alguna fábula de Pombo pero el genio de Alonso (una vez estando en una fiesta me había llamado aparte y hablándome al oído había dicho: *Soy el hombre más importante del planeta. ¿Me guardas el secreto?* Y no me dejó en paz hasta que juré mil veces guardarle el secreto) no se podía conformar con algo tan simple. Ensayamos durante un mes, lo que para Alonso fue una eternidad (había montado una versión del *Rey Lear* en dos semanas. Claro que en esa obra él hacía todos los personajes) y contra todos los pronósticos divertimos a los niños (mientras nosotros recitábamos los complicados parlamentos de Weiss, los niños nos arrojaban todo tipo de cosas. Uno le atinó con un pedazo de hielo a Toba y le rompió la ceja). Al final Alonso repartió el dinero y cada uno debió ceder una parte para los siete puntos de sutura que necesitó la ceja de Toba.

Después de intentar con el cine, el teatro y un resto de cosas más decidí montar una empresa y la llamé Producciones Fracaso Ltda. Ciro fue el único que aceptó ser parte del proyecto, el resto prefería trabajar *free lance*. *Donde se necesite un fracaso allí estaremos* rezaba el flamante lema de la empresa y ese era su único activo. Durante algún tiempo la cosa estuvo quieta y sólo nos juntábamos para beber. Cuando lo creí propicio empecé a tantear el terreno con la idea de una nueva película. No hubo mucho entusiasmo. Les dije que mi madre (a quien le había picado el gusanillo de la actuación) podía conseguirnos una

cámara más profesional con un amigo suyo, que esta vez sería una verdadera película. Toba mordió el anzuelo.

—¿Y qué historia tienes en mente?

—Será algo sencillo.

—¿No tienes el guión?

—Todavía no pero lo puedo ir escribiendo mientras...

—Ni mierda, Rep. Hasta que no tengas el guión no movemos un dedo.

Una de las cosas a las que achacaban el fracaso de la anterior película era que se había hecho sobre el plano. Aparte de una breve sinopsis y unas cuantas escenas, había escrito los diálogos de *Versión de sujetos al atardecer* justo antes de empezar a grabar. Quizá tenían razón.

Lo primero que tuve de la nueva película fue el título: *La muerte de Sócrates*. ¿Por qué Sócrates? Porque a pesar de ser feo y pobre era íntegro. Había conseguido ser un duro con el poder de su mente. Sócrates era como el *Pibe Valderrama*, su carácter no tenía fisuras. Como Sócrates era —a mi modo de ver— el inventor de la entrevista, se me ocurrió hacer el guión en forma de entrevista. Otro aporte de Sócrates había sido el género policiaco y también se lo metí al guión. La historia era simple y más o menos fácil de llevar al videocine. Se trataba de un sujeto llamado Rep que gracias a su talento había salido de Ciudad Inmóvil y vivía en New York (mucho más *cream* que L.A.) donde se le consideraba uno de los hitos del arte contemporáneo. *Big Rep*, como se hacía llamar el personaje, vivía en una mansión de máxima seguridad y sólo confiaba en Ferdinand, un sirviente filipino que lo acompañaba a todas partes. *Big Rep* dominaba todas las artes y

algunos deportes, su fortuna era incalculable y, a diferencia de todas las celebridades, nadie lo había fotografiado desnudo. Se decía que la revista *Playguys* estaba dispuesta a pagar un millón de dólares por esa foto. Dividí el guión en dos partes: la primera era una entrevista que *Big Rep* concedía a una revista de escasa circulación llamada *Perro Muerto*. La entrevista es hecha por una pareja de chicos. A *Big Rep* le cae bien la chica (rubia y muy hermosa) y la seduce. La segunda parte es el desenlace de esta seducción.

La historia convenció a todos (Alonso dijo que hacer de *Big Rep* sería mi único contacto con la fama). Ciro fue elegido para hacer de periodista y Elena (una cachaca que Toba había pescado en Playa Blanca) haría de fotógrafa. A mi madre (que consiguió la cámara) la puse como ama de llaves de *Big Rep* y Alonso sería el jefe de seguridad. El último viernes de ese julio empezamos a rodar con una Sony 3000 (que debíamos regresar en tres días) *La muerte de Sócrates*.

Índice

1		
Dillinger jamás tuvo una oportunidad		7
2		
Producciones Fracaso Ltda.		43
3		
La muerte de Sócrates		67
4		
Guitarra invisible		83
5		
Corto y profunda		119
6		
Ballenas de agosto		127
7		
El complejo del canguro		165
8		
Sueño de una zanahoria congelada		189